

SOCIEDAD DOMINICANA DE GEOGRAFIA

Emilio Rodríguez Demorizi

**EN ELOGIO DE LA
GEOGRAFIA**

(Discurso en la instalación de la
Sociedad Dominicana de Geografía)



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



SOCIEDAD DOMINICANA DE GEOGRAFIA

Emilio Rodríguez Demorizi

EN ELOGIO DE LA GEOGRAFIA

(Discurso en la instalación de la
Sociedad Dominicana de Geografía)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

**Editora del Caribe, C. por A.,
Santo Domingo, R. D.,
1970**



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

*Acto público celebrado en el local de la
Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, R. D.,
el sábado 18 de abril de 1970.*

**Excelentísimo Señor Embajador de la Madre Patria,
Ilustrísimo Señor Arzobispo Coadjutor,
Señoras y señores:**

La Diosa Fortuna, tantas veces esquivada y tantas veces generosa, me depara en este instante el privilegio extraordinario de declarar solemnemente instituida la **SOCIEDAD DOMINICANA DE GEOGRAFIA.**

Porque no se trata de la mera creación de una agrupación más, precaria y sin altos destinos que cumplir, sino de una institución que viene a colmar ancho vacío en nuestras actividades culturales; porque sólo la Geografía nos enseña a leer en el libro abierto de la Naturaleza; porque la idea de la superior importancia de la Geografía entre todas las ciencias ya está expresada, como se ha dicho, en la definición de Ptolomeo, para quien ella es la ciencia sublime que ve en el Cielo la imagen de la Tierra; clarividente afirmación porque la Geografía de nuestros días se orienta más que nunca hacia los astros. Estamos hoy en el auge universal de la Geografía: fue su primer hito el viaje colombino al Mundo Nuevo y ahora mismo nos hallamos en presencia de su segunda etapa, el juliovernesco viaje a la Luna que pareció entrever el docto dominicano Luis A. Weber cuando hablaba del “laboratorio infinito de la Naturaleza” y señalaba la existencia de “una sucursal en cada planeta”.

Estamos, pues, en una época semejante a la que vivieron los asombrados contemporáneos de Colón: en aquellos remotos



años se agregó todo un hemisferio al mapa-mundi antiguo, y hoy los audaces argonautas del espacio están llevando sus fantásticas naos a ignota región del Universo, suceso tan portentoso que más que previsto por la ciencia fue anunciado por la fantasía.

No fue en sus graves textos de astronomía, sino en su novela *Urania*, donde Camilo Flanmarión, un siglo atrás, hizo esta exclamación utópica entonces que parece de ahora: "Ya la tierra no está sola en el Cosmos; los panoramas de lo infinito empiezan a abrirse y ora habitemos aquí o allá, somos, en realidad, no ciudadanos de un país o un Mundo, sino ciudadanos del Cielo!".

Es que el hombre, porque ha logrado al fin el dominio de la Geografía, ya tiene en sus manos el destino del Universo. Y por lo mismo está cumpliendo el programa vital de ese moderno sabio que fue Teilhard de Chardin: "Saber para saber más. Saber más para poder más. Poder más para obrar más. Obrar más para ser más".

La SOCIEDAD DOMINICANA DE GEOGRAFIA nace en el momento mismo en que se ensancha increíblemente la esfera de la Geografía, limitada hasta ayer a la superficie de la Tierra y hoy proyectada más allá del conocimiento astronómico de la Luna, en su propio suelo, entre sus riscos y sus cráteres y sus llanuras desoladas.

Nace aquí, entre estos muros venerandos, ungida por magnos privilegios: fue Colón —a quien podemos llamar el primer dominicano— la máxima figura universal de la Geografía de todos los tiempos y fue La Española el punto de partida en la Geografía del Nuevo Continente, desde donde se emprende la gran revolución geográfica del Siglo XVI.

De aquí se dirige el Almirante hacia España a dar noticias de su descubrimiento; aquí levanta la primera ciudad del Mundo



Nuevo; de aquí parte para sus exploraciones de Tierra Firme y del Caribe; de aquí parten las rutas geográficas que van enlazando en su vasta red a las nuevas tierras del Orbe, porque en los comienzos de su civilización hay sólo un puerto de obligado destino, Santo Domingo, “llave, puerto y escala de todas las Indias”, como lo llamara Felipe II; de aquí parte el polizón Balboa para su hazaña del Mar Pacífico, página de oro de la Geografía americana; de aquí parten, abriendo más amplios horizontes a la ciencia de Strabón, los seguidores de Colón, los exploradores, los conquistadores, los nuevos Cides ensanchadores de España, Ponce de León, Velázquez, Cortés, Pizarro, Alvarado y tantos otros paladines de la misma legendaria estirpe, ilustres en los fastos de la Geografía, que arrastraron su capa y su espada por las recién trazadas rúas de esta Villa; aquí empieza la Cartografía del Nuevo Mundo en el fugaz dibujo de Colón de la Costa Norte de la Isla, en que apenas hay los escuetos nombres de La Española, de la Navidad, de San Nicolás, de Monte Cristi y del Cibao; aquí llega, primero con su insigne padre, con el Descubridor, y luego con la Corte virreinal de su hermano Diego y de María de Toledo, el historiador y bibliófilo Fernando Colón, autor de una *Cosmografía de España*; aquí llega, junto con el Almirante, Juan de la Cosa, Maestre de la Santa María, el docto cartógrafo que levantó el primer mapa de las Islas y Tierra Firme del Hemisferio; aquí llega también, con el Descubridor, el navegante, Piloto Mayor, Andrés de Morales, cálidamente alabado por Humboldt, que aquí reside varios años y realiza aquí y en las tierras vecinas sus principales trabajos cartográficos, su *Carta de marear de las Indias Occidentales*, su *Carta marítima de la Costa del Brasil* y su *Mapa de la Isla Española*, de donde parte con Juan de la Cosa en su exploración de Tierra Firme, y que aquí, en los tiempos de Ovando, realizara el estudio de nuestros mares que había de ganarle el título de fundador de la Teoría de las Corrientes Oceánicas; aquí vive

de abogado y de aquí parte en la expedición de Ojeda, con el astrolabio y el acero bajo el brazo y con los escrutadores ojos en la Estrella Polar, el primer cosmógrafo y geógrafo del Continente, Martín Fernández de Enciso, el primero en reducir a reglas el arte de la navegación, célebre autor de la *Summa de Geografía*, en la que habla de la posición geográfica de la Isla, de sus plantas y de sus aborígenes; aquí se inician, entre las sirtes de nuestras costas, con la tragedia de la Santa María, los grandes naufragios que dramatizan la historia de la navegación, rememorados por Vargas Machuca en sus *Naufragios y comentarios*: aquí escribe el Obispo humanista Alessandro Geraldini su *Itinerarium*, su Viaje a las regiones subequinociales, en que se mezclan Geografía y poesía, los relatos del viaje a la Isla y su elegante oda latina a la Catedral de Santo Domingo; aquí, en la hidalga Santiago de los Caballeros, ve la primera luz el dominicano Sebastián Pichardo, llamado en Cuba el *Geógrafo cubano*: aquí tienen su objetivo principal los vándalos de la Geografía americana, que la trastornan y desquician, Sir Francis Drake, Hawkins, Penn y Venables, Esquemeling, piratas y corsarios, bucaneros y filibusteros, responsables de la dualidad étnica y política de la desventurada Isla.

Aquí creó el genial Cronista Oviedo, en su fecunda celda de la Fortaleza de Santo Domingo, la geografía botánica, adelantándosele a Humboldt, y nos dejó en sus vastas crónicas Historia y Geografía al mismo tiempo. Su Historia, se ha dicho, es ante todo Geografía, como su Geografía es descripción y naturaleza. El insigne cronista no invocaba en sus relatos a los historiadores, a Herodoto y a Tácito, sino a Plinio. Desde aquí le escribía al humanista Cardenal Bembo acerca de la navegación del lejano Amazonas; desde “esta cibdad de Santo Domingo de la Isla Española, donde tengo mi casa”, como él decía, mantenía correspondencia con el célebre autor de *Navegaciones y viajes*,



el veneciano Juan Bautista Ramusio. La Geografía es “imitación y pintura de todas las partes de la Tierra”, decía Ptolomeo y lo repetía aquí Fernández de Oviedo al referirse a la Geografía del Orbe Nuevo, que él llamaba Nueva Geografía. En realidad, la ciencia de Ptolomeo era ya ciencia caduca en gran parte, en gran parte superada desde aquí por el insigne émulo de Plinio.

Las noticias de la ciencia geográfica atinentes a la Isla se multiplican pasmosamente así por su interés como por el olvido en que yacen. ¿Quién nos habla del Meridiano de Santo Domingo? Sin embargo, por el lejano 1583 un portugués vecino de Sevilla, Vasco de Piña, corrigió las Tablas de Copérnico, aplicándolas al cálculo de la declinación del Sol referidas al Meridiano de la Isla de Santo Domingo.

¡Qué multitud de viejos libros de extrañas lenguas en que se trata de la Geografía de la Isla, empezando por la obra latina de Geraldini!

En Pigafetta, en Philipono, en Vingboons, en Porccachi, en Benzoni, en Bordoni, en Raynal, en Parmantier, en el Barón de Wimpffen, en Walton, aparece el vetusto Santo Domingo, en textos, grabados, mapas y planos que nos traen la visión pura de la Villa que hoy tratamos de rescatar del paso de los siglos, de las profanaciones del progreso!

No se limitó el nauta genovés a sus glorias de Descubridor: en las nuevas tierras fue su primer geógrafo, su primer cartógrafo, su primer historiador, y fue, nada menos que en sus maravillosas descripciones geográficas, su primer poeta, el Eratóstenes moderno que resolvió el máximo problema científico de su tiempo y de los siglos anteriores: el de la esfericidad de la Tierra. Estudioso de la Geografía, en sus escritos, en que descuellan sus alabanzas de la Isla, cita a los geógrafos de la antigüedad, a



Strabón, a Ptolomeo, a Marco Polo, a Eneas Silvio Piccolimini, a Plinio, a Toscanelli. Su célebre *Diario* de navegación no es Historia, sino Geografía histórica, a partir del cual dejó de decirse definitivamente, como lo decía Homero, que la Tierra era un disco rodeado por las aguas inmensurables.

El primer mudo coloquio del Descubridor con el indio recién hallado, es de Geografía: ¿dónde las tierras del oro? Y el indio le responde señalándole con el índice los rumbos de nuestra Isla.

El taíno, que no contaba con cabalgadura alguna, era gran caminente, a pie, y por lo mismo gran conocedor palmo a palmo de la Geografía de la Isla. Sus ágiles pies trazaron en la áspera tierra isleña los caminos que iban de un cacicazgo al otro, desde el Marién de Guacanagarí hasta las levantinas tierras de Cayacoa. El Paso de los Hidalgos, primer camino europeo del Nuevo Mundo, donde empieza la Conquista, porque la historia de los caminos americanos es la historia de la estupenda hazaña conquistadora, lo abrió el español tras la débil huella del indígena. La Geografía era ciencia rudimentariamente practicada por el indio. Conocía las islas vecinas, como lo demostrara Hatuey en su hazaña de atravesar en endeble canoa el Canal del Viento; trazaba el indio idealmente, con sus montañas y sus ríos, los límites de sus cacicazgos; conocía las aguadas y los bosques en que abundan la pesca y la caza y el oro.

Pero ¿qué es lo que pervive del indio en nuestra Geografía? Pervive algo de particular importancia, la Toponimia de la Isla, predominantemente indígena. Indígenas son los nombres de nuestros ríos, Yaque, Yuna, Yuma, Camú, Ozama; indígenas los nombres de muchas de nuestras villas, Higüey, Macorís, Samaná, Maguana, Bonao, Baní y tantas otras. El concepto geográfico de la división territorial del indio, de los cacicatos, fue el seguido en la Constitución de San Cristóbal al dividir la República en



cinco Provincias, que correspondían, con sus naturales divergencias, a los cinco cacicatos prehistóricos.

Los Cronistas de Indias, Oviedo y Las Casas, egregios moradores de esta Villa, escribían Historia al par que Geografía. Más que Historia, la *Apologética Historia de las Indias*, que el Protector de los Indios empezó a escribir en su monasterio de Puerto Plata, es Geografía. En algunas de las más bellas páginas de la *Historia* de Oviedo se contemplan mejor las tierras que sus gentes. En sus *Elejías de varones ilustres de Indias*, Juan de Castellanos se detiene en Santo Domingo lo mismo ante sus pobladores que ante el sorprendente esplendor de la ciudad, la Atenas del Mundo Nuevo, por entonces considerada digna de aposentar a la Sacra Majestad de Carlos V. Siglos después diría Brunhes que la Historia propiamente dicha cada vez se hace más geográfica.

Los viajeros, los naturalistas, los exploradores, los geólogos, los publicistas, antiguos y modernos, que pasan por Santo Domingo, algunos por demás notables, no descuidan la Geografía: bastan los nombres de Plumier, de Nicolson, de Moreau de Saint Mery, de Descourtils, de Bertero, de Dorvo Soulastre, de Gabb, del Barón de Eggers, de Ekman, de Ober, de Fernández de Castro, de José Ramón Abad.

No pasó por aquí, lástima grande, el Barón de Humboldt. No alcanzó sino a entrever la Isla entre las brumas al acercarse a las costas meridionales de Cuba el enamorado caballeresco de la América, su Segundo Descubridor, el admirador romántico de sus paisajes, el curioso escudriñador de sus monumentos, el geógrafo, sobre todo, que recogió mayor número de observaciones en América para sistematizar los conocimientos geográficos, el genial fundador de la filosofía social en los países americanos, como lo llamó Carlos Chardón, pero sí tuvimos en Sir Robert Herman Schomburgk un modesto Humboldt.



Schomburgk, ciudadano teutón y sin embargo primer Cónsul de Inglaterra en Santo Domingo, aprovechó sus fecundos ocios diplomáticos en el estudio geográfico de la República, dejándonos muy apreciables trabajos, como su meritisima *Reseña de nuestros puertos*, su *Visita al Valle de Constanza*, su *Descripción del huracán del 26 de agosto de 1855*, y particularmente su Mapa de la Isla publicado en 1858.

En Schomburgk, pues, se inspiraron los dominicanos estudiosos de la Geografía que sólo tenían el ilustre antecedente del Racionero Sánchez Valverde, cuya *Idea del valor de la Isla Española y utilidades que de ella puede sacar su Monarquía*, del lejano 1785, es en gran parte una Geografía, nuestro primer texto consagrado a la ciencia de Humboldt.

Los días de la Anexión a la Madre Patria fueron de auge para los estudios de la Geografía de la extinta República, primer paso en los coordinados empeños de España en la explotación de nuestros inertes recursos naturales: Valera y Recamán y Luis Golfi exploraron las imponderables riquezas de Samaná; el docto geólogo Manuel Fernández de Castro, célebre en su Patria por su afamado sistema de señales en los ferrocarriles, vino al país con la importante misión de dar su dictamen acerca del estado y porvenir industrial de nuestro territorio, de la que resultó su vasta obra *Datos para la historia económico-industrial de Santo Domingo*, aún inédita; y el Gobierno de la Anexión dispuso la reedición de los capítulos de la obra de Sánchez Valverde relativos a nuestra Geografía, a nuestros recursos naturales, y levantó una multitud de mapas y de planos de la nueva Provincia de España en trances de transformación y de progreso. Otras prendas de esa importancia de la Geografía, en lo atinente a la Economía, fueron los estudios geográficos y geológicos realizados por el Gobierno de Francia, a raíz del Tratado de Basilea, que envió a la Isla al mineralogista Giroud; los efectuados



por el Gobierno de Norte América en 1871, cuando se trataba de someternos a su dominio, y asimismo en 1921, en *Un reconocimiento geológico de la República Dominicana*, cuando sobre ella señoreaba la bandera de Wilson. Los extensos y útiles estudios de Chardón y de Zoppis evidencian cómo en las últimas décadas el Gobierno Nacional se interesó en las explotaciones iniciadas por entonces en Barahona y Pedernales, que hoy culminan en las ingentes obras de Tavera, Valdesia y Bonaó.

Por sugestiva podrá apuntarse la noticia de que fue Duarte, el Padre de la Patria, el primero en la República en los apasionantes estudios de la Geografía, a los que alude repetidamente en sus escritos: para conocer mejor el país y para realizar con mayor eficacia su propaganda separatista, se dedicó al estudio y el ejercicio de la Agrimensura, y ya en el exilio se dolía de haberse visto constreñido por sus penurias a enajenarle al venezolano Agustín Acosta la Geografía Universal y el Atlas que poseía como los más preciados de sus libros.

Al par que Duarte nuestros grandes sociólogos, Espaillat, Bonó, José Ramón López, fueron apasionados de la Geografía; y en mayor grado aún lo fue el sabio maestro Eugenio María de Hostos, quien dictó en nuestra Escuela Normal su Curso de Manejo de Globos y Mapas y nos dejó su Geografía Evolutiva como uno de los precursores americanos de la moderna Geografía Humana.

La *Reseña* de nuestros puertos y los Mapas de Schomburgk y de Gabb constituyeron la base primordial de los textos dominicanos de Geografía que empiezan con Angulo Guridi y particularmente con la bella obra de Meriño y que culminan años después en el Mapa de la Isla, de Casimiro Nemesio de Moya, nuestro Cartógrafo por excelencia, nuestro Anaximandro, y en la *Geografía de la Isla de Santo Domingo y de las Antillas*, del Licenciado Cayetano Armando Rodríguez, obra escrita con admi-



rable rigor científico, no igualada aún en nuestra bibliografía geográfica, que ya empieza a tener entre nosotros conspicuos cultivadores.

Por ello abrigamos la férvida esperanza de que la SOCIEDAD DOMINICANA DE GEOGRAFIA alcance sus ambiciosos objetivos, entre los que se cuentan sus publicaciones periódicas, la edición y reedición de viejos y de modernos textos; la Geografía Agraria, de tan flagrante actualidad en nuestros días; la Topocetea, o sea la determinación geográfica de los lugares históricos; la Toponimia, etimología y origen de los nombres geográficos; la Geografía Vial, para el trazado retrospectivo de los viejos caminos de herradura de la Isla; la contribución al auge de la enseñanza de la Geografía en el país en los altos niveles a que ha llegado la ciencia en nuestros tiempos. Su importancia escapa a toda ponderación, por su vinculación con la Economía, es decir, la Geografía económica, que abarca el complejo campo agrario, lo animal, lo vegetal, lo mineral, desde el punto de vista del progreso científico de su explotación. Geografía y Turismo, por ejemplo, son hoy términos paralelos. Atinente a la Geografía, a la Oriología, es el máximo problema nacional, el de la Frontera. No hay una sola ciencia que no deje de reclamarle su auxilio a la Geografía, decía el maestro Weber. No hay una sola ciencia que no busque en la Geografía su punto de apoyo. Sabemos cómo vieron la Isla los historiadores de ayer, empezando por los Cronistas de Indias, pero no nos hemos detenido suficientemente ante la visión de la Isla ofrecida por la Geografía. Y eso que la Historia es incompleta y sin base sin el fundamental concurso de la magna ciencia de la naturaleza, ciencia que en un principio no fue sino una escueta descripción de la Tierra, como dice José Ugalde, y que es hoy el conocimiento racional y metódico de casi todos los fenómenos que se suceden en la superficie del Globo, como lo indica una de sus más recientes de-



finiciones: “es la ciencia que estudia la superficie terrestre, la distribución sobre la misma de los fenómenos físicos, biológicos y sociales y los problemas conexos”.

Podría decirse que la Geografía, aleación armónica de ciencia y poesía, es algo así como un atenuador de lo histórico: ¡cómo descansa el ánimo, ante la anhelosa descripción de una batalla, cuando se pintan las incidencias del escenario, las altas colinas, los hilos de plata de los caminos, los serpeantes ríos, el palio de las nubes sobre el horror de los cañones y el estrépito de la caballería! Cuando se habla de paisaje en la poesía y asimismo en la pintura, se está hablando de Geografía. El paisaje es la parte de Geografía que hay en un poema. La Geografía, los caminos de Don Quijote, se conocen mejor que los del Cid. ¿No se ha dicho que la *Odisea* es un documento geográfico y que Cervantes fue geógrafo?

Geografía es poesía, pero es, sobre todo, realidad. De modo principal debe señalarse que el estudio de la Geografía, vale decir de los recursos naturales, es el camino más recto hacia las altas metas de la Economía, particularmente en países como el nuestro cuyo cambio de estructuras socio-económicas depende primordialmente de la explotación de las riquezas que yacen en los pródigos dominios de la Geografía. Por ello entre los cardinales objetivos estatutarios de nuestra Sociedad se halla el de establecer conceptos e ideas que puedan servir para orientar, desde el punto de vista geográfico, el mejor uso del potencial de los recursos naturales del territorio nacional y una eficaz aplicación de los conocimientos que proporciona la Geografía moderna en la planificación del desarrollo de los pueblos.

No menor maestro que Jovellanos decía en sus alabanzas de la Geografía que sin ella no puede la política combinar sus empresas, ni la economía perfeccionar sus sistemas y sus planes; que la agricultura y el comercio deben consultarla a todas ho-



ras, ya sea para rectificar sus cálculos o ya para buscar, determinar y extender la esfera de sus consumos.

El conocimiento de los insospechados alcances y previsiones de la Geografía Humana es hoy por demás perentorio para nosotros en vista de las actuales y de las inminentes explotaciones de nuestras riquezas naturales, es decir, frente a lo que la Geografía moderna denomina *modalidades de la ocupación destructiva*, que puede degenerar en explotación abusiva, en la devastación caracterizada, acarreadora de pobreza, como el exterminio de los que fueron hasta ayer nuestros ubérrimos pinares. La SOCIEDAD DOMINICANA DE GEOGRAFIA dice desde ahora su voz de alerta, su palabra de alarma.

Napoleón, que trastornó la Geografía de Europa y que estuvo a punto de perpetuar su nombre imperial en la codiciada Península de Samaná, en la Villa Napoleón trazada por Ferrand, dijo en una de sus cartas que “la política de los Estados está en su Geografía”, y así lo repiten los hombres de ciencia de hoy, como Brunhes, para quien “toda política duradera y toda táctica económica eficaz deben estar cada vez más fundadas en la Geografía”.

Nosotros, los dominicanos, deberíamos tener singular predilección por la Ciencia de la Geografía, porque en ella está nuestro destino económico y político, y porque a ella le corresponde el mayor número de las prerrogativas que unen a nuestra Patria con España y con los pueblos del Continente. Ya se ha señalado repetidamente el sitio privilegiado que ocupa La Española en la Historia de América, pero falta mostrar nítidamente el lugar preeminente de nuestra Isla en la Geografía.

Con estos singulares privilegios, con estos ilustres antecedentes, que contrastan en nosotros con la pobreza en el metódi-



co cultivo de la Ciencia, nace la **SOCIEDAD DOMINICANA DE GEOGRAFIA**, como imperativo impulso en el auge de nuestra cultura y de nuestra presente economía.

Y he aquí que como toda jerarquía implica una responsabilidad, debemos tenerla presente en toda hora para que nuestra labor corresponda a nuestros privilegios.

A trabajar, pues, en las anchas canteras de la Geografía, para que contribuyamos al bienestar general de los dominicanos todos, para que Santo Domingo no sea contemplado, en los estudios geográficos del Continente, tan sólo como remoto punto de partida, sino como un Faro iluminante, que el Faro es el más alto símbolo de la Geografía, y un Faro, el Faro de Colón, ha de ser en nuestras costas el más grandioso monumento de América y de España, monumento nuestro, ¡monumento de la Geografía!

